

## **CRISIS FINANCIERA: ¿CRISIS DE MODELO ECONÓMICO?**

Domingo Sugranyes Bickel  
Madrid, 12 de diciembre 2008

La crisis financiera desatada en los últimos meses ¿supone una crisis de modelo económico? ¿Se puede hacer un juicio moral sobre situación tan compleja? No se puede contestar estas preguntas sin un análisis y un intento de diagnóstico.

El ingrediente principal de la crisis financiera internacional ha sido una percepción equivocada del riesgo crediticio, cuyo efecto ‘tóxico’ se ha visto multiplicado de forma gigantesca por niveles hasta ahora desconocidos de endeudamiento/apalancamiento en determinados inversores financieros. Otro aspecto nocivo ha sido la cadena de intermediaciones en las que la naturaleza de los activos originales se ha desdibujado.

Estos hechos se han producido sin suficiente vigilancia de las autoridades de supervisión, por la falta de regulación específica sobre la actividad de banca de inversión (lejos de la regulación extremadamente detallada a la que están sometidas en general las actividades financiera y aseguradora destinadas a clientes particulares) y se han visto reforzados por unos sistemas de remuneración de directivos, a veces excesivamente elevadas, y dependientes del beneficio a corto plazo. Como consecuencia inmediata, se han cerrado los circuitos del crédito en el sistema financiero y se ha establecido la desconfianza entre entidades financieras.

La enorme ‘burbuja’ financiera se situaba en un contexto macroeconómico de facilidad monetaria y su explosión coincide con el final de un largo movimiento ascendente del ciclo económico. En España y en algunos otros países, estos hechos coinciden además con la explosión de otra burbuja – ésta de fabricación propia –, la de la promoción de viviendas, relacionada principalmente con el incremento en el precio del suelo. La súbita inversión del ciclo de la vivienda ha paralizado muchos sectores de actividad relacionados con la construcción. Pero la crisis afecta a todos los países, mejor o peor preparados. Se manifiesta brutalmente para las empresas que, como consecuencia de la desconfianza y la falta de liquidez, han visto restringido su acceso al crédito bancario o sus posibilidades de financiación mediante emisión de obligaciones. Este ‘estrangulamiento’ es la causa inmediata de las dificultades de muchas empresas, incluso a veces las que no estaban excesivamente ‘apalancadas’ o no tienen todavía problemas de ventas. Al mismo tiempo, la crisis se ha ido extendiendo bajo la forma de un cambio súbito de las expectativas y de los comportamientos de consumo: los hogares que tienen dificultades, por estar endeudados o porque alguno de sus integrantes pierde el empleo, evidentemente consumen menos, pero los que podrían hacerlo tampoco compran. De ambos fenómenos – dificultades de financiación y caída de las ventas - es testigo la brutal caída de la industria del automóvil y de todas las múltiples empresas que le suministran productos semi-acabados.

La crisis afecta a España con especial rigor en el aspecto del empleo, por la importancia relativa en nuestra economía de los sectores de la construcción y del automóvil. Pero la extensión de la congelación del crédito en una recesión de la ‘economía real’ es un

fenómeno global que afecta a los países con excedente externo (como Alemania, por ejemplo) no menos que a países con déficit externo como el nuestro. En las causas han jugado un papel importante el desequilibrio en la balanza de pagos de Estados Unidos y su financiación por los excedentes de China y de los países exportadores de petróleo; de las consecuencias sufren todas las economías, incluidas las de los países emergentes y las de los países pobres.

La crisis se produce en un entorno de densa interacción entre intereses públicos y privados. En los aspectos más financieros de los acontecimientos se puede hablar quizá de mercado ‘descontrolado’, pero no así en el resto de fenómenos que alimentan la crisis: por ejemplo, el incremento del precio del suelo para viviendas en España se deriva tanto de las imprudencias y del excesivo endeudamiento de promotores y compradores, como de las necesidades de financiación de los ayuntamientos. La reacción a la crisis conlleva un incremento del intervencionismo estatal – forzado por las circunstancias – y una vuelta a políticas con mayor protagonismo de la iniciativa pública. Mientras algunos gobiernos se entregan con renovado entusiasmo al intervencionismo estatal, otros critican el uso irresponsable de ‘moneda barata’ que falsea las situaciones de competencia; pero cualquiera sean sus posiciones de principios, todos los gobiernos, más allá de las medidas anunciadas para rehabilitar (en algunos casos graves) y reordenar el sector bancario, prevén programas ingentes de gasto público para relanzar la demanda.

Intentando volver a la pregunta inicial, se podría decir lo siguiente:

- Está en crisis un modelo de activismo financiero de los últimos años, cuyo héroe y actor más representativo ha sido el *investment banker*. Esto supone la desaparición o reducción drástica de sectores enteros de actividad financiera. Aunque en nuestras empresas no hayamos participado directamente de esta mentalidad, como participantes en la vida económica hemos compartido muchas veces, hay que reconocerlo, esta visión dominada por el máximo beneficio a corto plazo, y ésto tiene que cambiar.
- España está sufriendo un impacto especialmente duro en el incremento del desempleo, en parte porque su desarrollo rápido de los últimos años todavía carecía de la suficiente diversificación. El ‘modelo’ en vigor estaba fundado en gran parte en la construcción y en la industria del automóvil, dos sectores afectados de forma brutal por la caída de las ventas. Y las rigideces de nuestro mercado en cuanto a contratos de trabajo se venían compensando mediante una proliferación de puestos de empleo precario y de trabajo ‘negro’. Esto también tendría que cambiar.

En el sentido de estas dos afirmaciones, hay efectivamente crisis de modelo económico. Pero hoy como ayer, nos encontramos en una economía de mercado mixta donde se entrelazan decisiones privadas y decisiones públicas, y algunos de los males que sufrimos se hubieran quizá podido evitar dejando que funcionara el mercado con más libertad, más objetividad, y menos protección de intereses creados. ¿Cómo será la economía mundial post-crisis? Los especialistas debaten sobre el futuro inmediato, entre quien es más o menos pesimista, sobre los riesgos de la deflación, de la vuelta al proteccionismo, los peligros de un retorno de la inflación y de otras ‘burbujas’ y las alternativas de un ‘buen gobierno’ global. Continuará en cualquier caso el modelo de

economía de mercado con mayor o menor grado de intervención; cabe esperar que unos y otros tengamos la fuerza moral para aprender de la experiencia y no recaer en los mismos errores.

ooooo

¿Significa ésto que debemos resignarnos ante la ineluctable sucesión de ciclos económicos cada vez más amplios y destructivos? Creo que no. Pero para validar una reflexión operativa sobre la realidad moral humana de lo económico, es necesario dar un paso atrás y alejarnos un momento de la coyuntura actual. Querría introducir cuatro reflexiones, que en este momento sólo se pueden esbozar rápidamente.

## **1. Confianza**

A medida que avanzaba la crisis hemos asistido a una caída inaudita de los niveles de confianza de las entidades financieras entre sí y del inversor hacia los títulos de deuda de empresas, a la que se ha agregado a veces el deterioro de la confianza de los ahorradores en su banco.

Para algunos autores de teoría económica, la observación comparada de la evolución de distintos países pone de manifiesto la importancia de la confianza como factor discriminante del desarrollo (al lado de los tradicionales factores económicos típicos como el capital, el trabajo y la tecnología); existe hoy una significativa tendencia que reconoce el papel de tales factores intangibles de ‘capital humano’ en el desarrollo.

La crisis nos hace reflexionar sobre lo que significa construir (o destruir) confianza en la vida social. En muchos países, como en España, el debate social y político está marcado por una ruptura casi completa entre dos bloques, dos culturas, dos percepciones de la sociedad y de la moral social. En ambos bandos se cultiva una cierta radicalización en las posiciones, con desprecio y descalificación de la otra parte.

Es verdad que en los temas económicos no hay tantas diferencias entre los ‘bandos opuestos’, sobre todo a la hora de actuar, dados los condicionamientos de la economía globalizada y, en nuestro caso, las competencias cedidas a la Unión Europea y a la zona Euro.

Pero en otros aspectos, las diferencias parecen infranqueables, como en temas de bioética, ética social, educación... y nuestras convicciones hacen que no podamos desentendernos del debate o huir de él; y no podemos adoptar posiciones neutrales o ‘ceder’ sobre aspectos que entedemos esenciales.

Pero si se quiere cambiar la tendencia al deterioro social, será imprescindible también que renazca un espíritu constructivo en el que muchos – aún sin estar de acuerdo en todo – podamos compartir objetivos. En particular, habrá que buscar un terreno social común con creyentes de otras religiones.

## **2. Visión empresarial**

La crisis actual parece confirmar la impresión que algunos venían denunciando desde hace tiempo en las economías desarrolladas: una excesiva ‘financiarización’ de los objetivos y procedimientos económicos, el imperio de los resultados trimestrales y de la rentabilidad a corto plazo – lejos de la tradicional actitud empresarial, que busca la construcción de una realidad productiva a largo plazo.

Un análisis desapasionado de los últimos decenios muestra la incorporación de una parte creciente de la población mundial a unos niveles de ingresos medios (aunque los extremos se alejen entre sí) y la aparición de nuevas potencias económicas a nivel mundial.

Detrás de estos avances está el dinamismo empresarial, el que mueve a algunos a crear y a hacer que crezcan empresas. Independientemente de los distintos sistemas de propiedad y tipos societarios, donde crece una empresa, donde nacen empleos e ingresos, donde se elaboran productos y servicios aptos para ser demandados por un público, allí hay un motor empresarial que no se puede reducir a la avidez por el dinero (la ‘codicia’).

La actividad empresarial consiste en asumir riesgos de forma sensata, y también en reformar permanentemente y reducir las posibles consecuencias de que alguno de los riesgos asumidos se haga realidad. La principal forma de protegerse contra esas situaciones consiste para la empresa en luchar constantemente para reducir costes, para lograr mayores niveles de productividad y eficiencia. Quizá los responsables de empresas tengamos que hacer nuestro examen de conciencia: si hubiéramos reorganizado tal o cual actividad a tiempo, ¿se hubiera podido evitar la destrucción de empleos? ¡La responsabilidad social así entendida se ejerce ante todo en períodos de vacas gordas!

Desde la encíclica *Centesimus Annus*, los textos de la Doctrina Social de la Iglesia reconocen explícitamente la función de la empresa y del beneficio como remuneración del riesgo empresarial. Pero ¿no debería prestarse también una atención y un apoyo crítico a la figura del empresario? No puede haber nada peor para el devenir económico de un país que la dimisión de la función empresarial.

## **3. Economía y sociedad: la preferencia por los más pobres**

Desde el mundo de la empresa, ¿qué significa la preferencia por los más pobres, una dimensión tradicional en la enseñanza de la Iglesia desde su fundación?

Parte de la contestación está en las reflexiones anteriores: la actividad empresarial en un mercado libre, enmarcados en normas éticas y una legislación adecuada, son las vías que conocemos para resolver los problemas de la pobreza colectiva, en particular si se acompañan de una política estatal de distribución de la riqueza que sea efectiva y no desanime las fuentes de creación de riqueza.

Pero la preferencia por los más pobres significa aquí y ahora unas preocupaciones muy concretas: ante todo, el aterrador aumento del desempleo, especialmente el de la población inmigrada. En esto la Iglesia y sus muchas realidades muestran ejemplos extraordinarios de acción social, que merecen nuestro pleno y generoso apoyo.

Sin perjuicio de la necesaria acción social, no se puede perder de vista la realidad económica: por un lado están los empleos administrativos y funcionariales, en fuerte aumento en España, que a veces podrán producir bienestar, pero siempre suponen un coste para la comunidad. Por otro lado están los empleos que nacen espontáneamente de la iniciativa empresarial; tendremos que sacar conclusiones de la crisis actual en cuanto a diversificación, calidad, productividad y flexibilidad del empleo creado. ¿Pero quién está dispuesto a defender la verdad en esto cuando resulta tremendamente impopular (a parte de las organizaciones empresariales, sospechoso número uno)?

Al nivel internacional, el motor del desarrollo de los países más pobres, como bien muestran los éxitos de los países emergentes, no es tanto la ayuda cuanto la apertura comercial, la inversión extranjera y la creación de empresas – lo que no quita importancia ni valor a otros esfuerzos orientados a la salud, al desarrollo social y, sobre todo, al buen gobierno y la lucha contra la corrupción.

Dicho todo ello, hay otra dimensión en el llamado evangélico, por supuesto: a nosotros, directivos de empresa, nos hace falta el contacto con la realidad del ser humano pobre para salir de nuestra visión económica conservadora y ampliar el abanico de los objetivos empresariales y económicos. Entre muchas voces que se expresan en este sentido, me gustaría citar un artículo aparecido el 4 de diciembre en el *Osservatore Romano*, firmado por Ettore Gotti Tedeschi, presidente de la filial del Banco Santander en Italia:

“¿Porqué, pues, en vez de otra burbuja correctiva, egoísta y a corto plazo, no se piensa en una burbuja solidaria a largo plazo, que genere crecimiento... y permita en algunos años a cerca de tres mil millones de personas participar del crecimiento del entero sistema económico?... Precisamente ahora que nos estamos haciendo más pobres, sostener a los países pobres tendrá un costo relativo, pero rendirá enormemente... A las objeciones acerca de la falta de fondos y a los riesgos excesivos se puede responder con las experiencias sobre el microcrédito...: el riesgo es escaso en los países pobres... Las burbujas auténticas, las negativas, se producen cuando se falsean los precios y las condiciones de mercado, no cuando se sostiene el ingreso progresivo de miles de millones de personas en el ciclo económico.”

#### 4. El paradigma del Bien Común

Para concluir, querría mencionar una línea de investigación económica en la que merece la pena profundizar y que nos aleja de cualquier actitud de resignación – sin por ello caer en el voluntarismo moral.

Para ello me refiero a un distinguido economista católico italiano, Stefano Zamagni, catedrático de la Universidad de Bolonia. Su pensamiento, que se apoya en investigación propia y en trabajos de autores norteamericanos, critica radicalmente la noción del *homo oeconomicus*, porque no da cuenta correctamente de la motivación de las conductas, en particular porque ignora la dimensión – observable experimentalmente – de la reciprocidad. Cito de su obra reciente (*L'economia del bene comune, Città Nuova Editrice, 2007*), pág. 26 y siguientes:

“El mercado... puede transformarse en un medio para reforzar la vinculación social, ya sea mediante la promoción de políticas de distribución de la riqueza que se sirvan de sus mecanismos (en lugar de operar fuera de éstos como ocurre con la redistribución operada por el Estado), ya sea mediante la creación de un espacio económico en el que sea posible poner en práctica, y por consiguiente reproducir, aquellos valores – en primer lugar, la confianza y la solidaridad – de cuya existencia depende el propio mercado...”. Para Zamagni, la característica distintiva de la reciprocidad es que, al contrario del intercambio de equivalentes, que se realiza entre agentes anónimos, los objetos de las transacciones de reciprocidad no son separables de quienes las realizan. Y continúa : “No pretendo sostener que sea posible gobernar una economía moderna sobre la base del solo principio de reciprocidad... Sin embargo, quiero afirmar que una organización de mercado que sepa estimular los comportamientos pro-sociales en vez de mortificarlos tenderá a operar de forma más eficiente, reduciendo sustancialmente el nivel de los costes de transacción vinculados con su funcionamiento, y sobre todo, causando más satisfacción a todos”.

Ésto, que parece abstracto, traduce en mi opinión una verdad práctica de enorme importancia, que las empresas de éxito conocen y aplican corrientemente en el nivel microeconómico, pero que la ciencia económica no ha reconocido hasta ahora en su paradigma interpretativo. Aunque parezca lejano de nuestra deprimente problemática actual, estoy convencido que por esta vía de una lenta reconstrucción teórica, que habrá de inspirar una profunda revisión de la educación y de la política económica, la Doctrina Social de la Iglesia contribuirá a abrir nuevos caminos hacia unos modelos inspirados en la responsabilidad social y moral. La crisis actual es un buen momento para que estas ideas se propongan y se difundan.

---